

Mahón 23 Noviembre 1906

EL PORVENIR DEL OBRERO

Cartas de propaganda

III

A los republicanos de Barcelona

Compañeros en la esclavitud jornalera, ya que desgraciadamente no en el propósito emancipador: Dad tregua á vuestros transportes ovacionistas; desoid por un momento la elocuencia de esos jóvenes arrivistas, futuros diputados y ministros, que os encandilan con la monserga de la solidaridad ó de la insolidaridad políticas, y prestadme atención por un momento, no es distraeré mucho de vuestras habituales tareas de fuera del taller ó de la fábrica, puesto que os hablaré de política, ni más ni menos que si me hallara con vosotros en el entreacto de una de las comedias que se representan en la Casa del Pueblo.

Os supongo enterados de la constitución del gobierno radical en la República francesa y también de la novedad del ministerio del Trabajo; lo que tal vez no habrá llegado á vuestra noticia, por pertenecer á una especialidad que se halla fuera del cuadro de ideas hechas á medida que os sirven vuestros tribunos, es la causa de esa novedad ministerial, y de ello deseo daros conocimiento, con el fin de que pueda servir de término de comparación y contrapeso de juicio para apreciar debidamente lo que valen las muelas republicanas de molino que os hacen tragar vuestros abastecedores intelectuales como ración diaria.

Pues, sencillamente; visto que el proletario, no ya masa informe como el de los tiempos de la Internacional, sino fortalecido por una organización poderosa é inspirado por el ideal anarquista, declara que quiere obrar por cuenta propia y aparte del socialismo político, Clemenceau, que las ve venir y quiere contra viento y marea sacar á flote el llamado derecho de accesión, se ha anticipado á los republicanos bobalicones de tercera,—á los que son capaces de vender la piel del oso antes de haberle cazado, á los que como vosotros celebran los triunfos republicanos entre bostezos de gana—organizando ese famoso ministerio del Trabajo y poniendo á su frente un socialista prestigioso.

En política, si se adula á los débiles—(vosotros sois de ello ejemplo viviente)—no se les hacen jamás concesiones contrarias á los intereses del delante; el derecho de petición concedido á los infelices no implicó nunca la obligación de conceder impuesta á los poderosos; no fué jamás otra cosa que el alimento de aquella tímida esperanza que quedó acurrucada en el rincón de la caja de Pandora. Pero las concesiones á

tiempo suelen ser salvadoras para los cucos, porque dando lo menos y entrando con esperanzas puede salvarse lo más.

Eso, pensando políticamente supongo yo que habrá pensado Clemenceau después de haberse enterado que en el Congreso de Manheim los socialistas alemanes han rebajado de categoría á la acción política tanto como han enaltecido la organización proletaria, y de que, tocándole más de cerca, en el Congreso de Amiens los trabajadores franceses quieren regir su organización por sí mismos sin la ingerencia de los políticos.

Claro está: con un ministro socialista y unos cuantos funcionarios á sus órdenes, entresacados de esa espuma del socialismo y aun del individualismo nietzchano que suministra obreros aptos para abandonar la herramienta, salir del taller, entrar en la oficina y empuñar la pluma del sofisma y la cuchara del presupuesto, queda calafateada la nave del Estado. Después de todo, ante la inminencia del trastorno revolucionario que se acerca, la cuestión es ganar tiempo evolucionista con reformas y promesas adecuadas al estado político y social de la República y aun de las relaciones internacionales, todo ello prudentemente amasado con eclecticismo oportunista, y... ¡adelante con los faroles! Así puede ir tirando una República que con sus ciudadanos millonarios, su burguesía despabilada y sus cinco ó seis millones de trabajadores sobrantes, todavía ostenta su famosa trilogía y canta oficialmente:

*Allons, enfants de la patrie,
le jour de gloire est arrivé.*

Como quiera que sea, eso del ministerio del Trabajo pasa por una conquista obrera, y podéis estar seguros que si ahora no estuviérais enfadados con Salmerón hasta nueva orden, y volviera á Barcelona aquel que llamasteis compañero, sabio imponderable y actualmente calificáis de traidor, y, suspendiendo por una noche la zarzuela cotidiana de la Casa del Pueblo, representaséis nuevamente la sesión del mensaje de marras, tras recordaros su famoso discurso de La Internacional y sus tildes intangibles, os halagaría con la esperanza de ser ministros de la República... de las Batuecas, que, si no me equivoco, es la única en la cual estáis llamados á ser ciudadanos.

¡Ah! se me olvidaba: el gabinete Clemenceau, con su ministerio del Trabajo y todo, conserva las leyes *scélérates*, de que quizá no hayáis oído hablar nunca, por ser cosa poco adaptable á la retórica que aumenta vuestros callos de las manos con los aplausos; pero bueno es que sepáis que esas leyes republicanas han echado á presidio á muchos honradísimos obreros franceses, que por ellas hay actualmente algunos procesados y que

leyes de esas tienen en cartera, por un por sí acaso, los que aspiran á gobernaros republicanamente en España. No creáis que todo ha de ser meriendas, coros, bailes, cinematógrafos, zarzuelas, mitins de propaganda y ovaciones indescriptibles.

Y basta por hoy. Os desea salud sin república ni gracia de ninguna clase vuestro amigo, aunque no lo parezca.

ANSELMO LORENZO

Barcelona 9 Noviembre de 1906.

Terror y reacción

La Rusia sumisa, obediente y sierva, ha despertado, y su despertar es grandioso, imponente, poderoso.

El mundo, sorprendido y asombrado, con los ojos fijos en ella, no puede menos de admirar y aplaudir.

La lucha, titánica, imponente, gigantesca y terrible á la vez, que los amigos del progreso, del bienestar y de la libertad de todo un pueblo han emprendido contra los indómitos y bárbaros partícipes de la autocracia, es una lucha sin cuartel, á muerte.

Por un lado se aprisiona, se fusila, se tortura, se deporta, se degüella, se asesina, se prende, se impide hablar, escribir, moverse; por otro se mata á golpes de cuchillo, de revólver, se aplasta, se desmigaja, se hace papilla con la bomba, se incendian los castillos, se atacan á los Bancos y á los trenes para desbalijarlos y procurarse así el dinero, nervio de la guerra, de la revolución, de todo.

De los dos lados se acecha, se observa, se espía, y el menor olvido, el menor aflojamiento de desconfianza, es la muerte.

El zar aterroriza y él está aterrorizado; el terror responde al terror, la muerte á la muerte. Por un lado, una Armada indisciplinada; del otro, un puñado de hombres resueltos, unidos, disciplinados, heroicos, que se consagran á la muerte por dar la muerte.

El zarismo, que reprime y deprime por reinar, exterminaría todo un pueblo. Los revolucionarios, para dar la libertad á un pueblo y lanzarle en la vía del progreso y de la civilización, exterminarán toda una dinastía, y con ella todos los que la rodean, la defienden, la sostienen y la aconsejan.

La invención de la pólvora ha demolido el feudalismo, igualando sobre el campo de batalla los campesinos á los grandes señores bardados de hierro. La dinamita demolerá á los opresores que quedan. La ciencia ha igualado la fuerza; á los gobernantes, las armas de precisión; á la muchedumbre de los oprimidos, los explosivos.

«No se pueden hacer tortillas sin romper los huevos». Hace siglos que se hacen con huevos de proletarios; ¿qué más natural si éstos hacen algunas con los de sus enemigos?

La vida de un hijo del pueblo vale tanto como la de un hijo de rey y de ministro, y si yo debo apiádamme, será por el del pueblo, porque sufre desde hace largo tiempo.

Mas la honrada clase burguesa grita la infamia cuando se trata de la muerte de un hombre en su puesto ó empleo, pero no dice una palabra por los del pueblo, degollados á centenares en los asesinatos de Kit-

chines, Bielostok, de Petersburgo el 22 de enero; Odessa, Kiew, Homel, Tomsk, Moscú, etc., etc; de 34.000 ciudadanos, sin distinción de edad y de sexo, muertos en menos de diez y ocho meses; sin contar los millares de mártires que han sucumbido y sucumben en las torturas de las prisiones, en Siberia; ni de los centenares de mujeres embarazadas, violadas y espanzurradas, después; ni de los militares, marinos y revolucionarios fusilados á centenares.

Y si hay infamia y censura, ¿sobre quién debe recaer? ¿Quién ha armado el brazo de los heroicos revolucionarios? Las infamias, los crímenes, los asesinatos del zarismo.

Esta respuesta sale de los labios de todos los hombres honrados y sinceros, y sus simpatías son para los bravos, para los valientes vengadores de un pueblo oprimido que está cansado de ser juguete de un hombre.

Las revoluciones no se hacen de otra forma. Francia lo ha demostrado al mundo antes que Rusia y ésta no es más que su émulo. Francia es libre, Rusia lo será también, es cierto.

Entretanto se prepara la lucha trágica de los dos bandos, y ambos preparan los materiales de guerra.

Stolypine cree debilitar la revolución poniendo á los revolucionarios fuera de la ley, entregándolos á tribunales militares que les juzgarán á puerta cerrada y los fusilarán á las veinticuatro horas.

Al lado de esas amenazas están las reformas. Aquéllas serán, sin duda, ejecutadas, lo que no hará más que acrecentar el incendio revolucionario; éstas serán como... las otras. El zar ha dado ya la prueba.

La desconfianza es general, y el terrible duelo empeñado entre el pasado que agoniza y el porvenir luminoso, no acabará por el triunfo de aquél.

Si las amenazas de Stolypine son el último cartucho de lo autocracia, está muy mal quemado, pues jamás en el porvenir de un pueblo los mártires son vencidos.

Habrán muchas víctimas, mucha sangre derramada, pero la libertad y el progreso triunfarán inevitablemente.

El ejército en vez de ser el sólido pilar del trono del último de los Romanoff, es un elemento y un alimento de la revolución.

Esta no la ha detenido todavía la autocracia en una gran batalla, como las jornadas de junio del 48, del 2 de diciembre del 51, de mayo del 71 y de marzo del 98 en Milán.

Los revolucionarios rusos, aleccionados por la historia, no se prestan ahora á este juego sangriento. Ellos se contentan, por el momento, con envolver, cercar por mil hogares revolucionarios, á su enemigo, hostigándole, hiriéndole donde y cuando menos lo espera, obligándole constantemente á estar alerta, arma al brazo, á guardarse de todos lados, á desconfiar de todo y de todos, viendo á sus mejores defensores desaparecer abatidos ante sus propios ojos sin poder defenderlos.

Yo se que el vasto imperio ruso cuenta veintidos millones de kilómetros cuadrados y ciento cuarenta millones de habitantes; es precisamente lo que prolonga la lucha y hace muy difícil el contacto entre esos diferentes hogares revolucionarios. El día que este contacto se establezca, habrá llegado el momento de la gran batalla decisiva que derrocará el imperio.

Si Rusia fuese una nación de población densa, en la que los ciudadanos se tocaran casi y estuviesen unidos por caminos de hierro, el telégrafo y el teléfono, como en Europa, con el poderoso concurso del ejército y de la marina, la revolución hubiera tomado fuego como un reguero de pólvora, y en tres días el zarismo hubiera sido destruido.

Pero en Rusia son precisos los años, á menos que Nicolás II no se deje convencer de entreabrir un respiradero á una Constitución. Eso sería la calma, en tanto que un día triunfe en definitiva la Revolución.

AMILCARE CIPRIANI

Nuestros emigrantes

Cada semana unos cuantos, en pequeños grupos, se van marchando los trabajadores que deja sin colocación la ruina de la industria del calzado. Nada han hecho para contenerla los gobernantes; nada han sabido hacer tampoco los capitalistas.

Vuelve á llenarse la Argelia de trabajadores menorquines. Otros buscan en América los medios de vida que aquí les faltan.

¡Tierra maldita la nuestra que no alimenta á los hombres que sobre ella nacieron!

Desde lejanos países, cualquiera sea la fortuna que allí hayan encontrado, los hijos de Menorca dirigirán hacia aquí su pensamiento, recordarán á su patria, con pena, seguramente, con pena, pero también con rabia.

Habían nacido aquí; tenían derecho á vivir aquí, á trabajar aquí, entre los suyos, junto á sus viejos, cerca de las mozas que les inspiraron los primeros amores y que habían de ser sus mujeres y las madres de sus hijos

Pero la tierra de Menorca no les ha querido; no ha querido producir pan para ellos.

Han tenido que ir á buscar el pan en otra parte, más allá de los mares; han tenido que ir á buscar una nueva patria, más piadosa ó más fecunda.

Los recuerdos de sus primeros años, de los lugares y de las personas que les rodearon durante su niñez, serán para ellos recuerdos penosos, porque no se marcharon voluntarios y fortalecidos por la esperanza en busca de atrevidas aventuras; sino que se fueron agobiados, tristes, porque de aquí les echaba la miseria, porque aquí no podían comer.

Y pensarán con tristeza, pero también con rabia, que no les echó de aquí la infertilidad de la tierra, sino la crueldad de los hombres.

La tierra, es cierto, no produce pan para todos, pero es porque no se la siembra para todos, porque no se permite que todos la cultiven, porque cada parcela tiene un amo que ejerce sobre ella su dominio á fin de que no pueda ser útil á los otros.

El hijo de esta tierra tiene que marcharse porque la tierra no puede ser fecunda, porque la tierra no puede producir pan para todos, porque la tierra no es libre.

Será extranjero en lejanos países. Pero ¿acaso aquí no lo era también? Ni un palmo de esta tierra de la patria le pertenecía, ni un palmo dejaba de pertenecer á un dueño, garantido por las leyes y por la fuerza contra las intrusiones del desheredado. Más extranjero no será en tierras de América ó de Africa.

Quizá en el otro lado de los mares encuentren los emigrantes menorquines el pan y la dicha que aquí no tenían, que aquí no les dejaban tener, que aquí les robaban.

Dichosos ellos si logran ser más dichosos en su nueva patria que los que aquí se quedan por falta de energía ó por resignación estúpida.

Esta región, como casi toda España, se despuebla; se marchan los brazos útiles para el trabajo; la nación se arruina. ¿Qué importa esto si los prestigios de la patria están bien garantidos por la ley de las jurisdicciones?

Puede ser que los gobernantes acaben por alarmarse ante los crecimientos de la emigración. Es posible que entonces se determinen á hacer una ley. Esto es lo que harán: una nueva ley.

Una ley contra el hecho de la emigración, no contra sus causas. Una ley inútil, ó contraproducente.

La causa de la emigración es el hambre y contra el hambre nada pueden hacer los gobiernos, cuya misión es defender los derechos abusivos de la propiedad privada.

La acción decisiva contra el hambre la promoverá el pueblo, cuando se haya dado cuenta de que si no cabe en su patria no es porque la patria sea estrecha y que si le falta el pan no es porque la tierra sea estéril; cuando se cansa de sufrir y de emigrar y sepa que todos tenemos derecho á la vida y que para hacer efectivo este derecho no hace falta recorrer las tierras y los mares, sino romper unos cuantos funestos convencionalismos.

Entretanto, dichosos los que hallan en otras partes el pan que aquí les roban.

JUAN CUALQUIERA

Turris argentea

Es la vierina del usurero, más transparente que un fanal, más luminosa que un camarín, más opulenta en galas y joyas que las arquillas de una sultana.

Allí cuelgan las telas de Yedo, los flecos rizados de Scheraz, las sedas satinadas de Hong Kong, que simulan lagartos y flores, serpientes y pájaros moscas.

En sus lechos mullidos de rasos que parecen cajitas de muerto, repletas de abullonada nieve y rosa encendida, yace la transparente esmeralda, amorosa como una pupila de nereida.

Y el rubí cual blanda promesa y el topacio cual jirón de sueño nocturno y el brillante de pulidas facetas, que recuerda esas lágrimas que arrojan los astros, convertidas en estrellas errantes.

Pero en medio, mucho más luciente que todas, encerrada en su hornacina de plata, se eleva sonriente y piadosa la estrella del crepúsculo, la torre de David, *Ella*, la Virgen de los Marineros.

La sostiene un argénteo madero que se clava en las peñas del mar; y, á sus pies, en la desvenjada barquilla, le imploran con las manos crispadas y juntas los infelices pescadores.

Una voz gangosa clama indignada: «Valgame Dios, qué irreverencia! ¡Empeñar esa imagen de la señora! ¡Judas debe regocijarse en su hoguera!»

Y otra voz susurrante, blanda, llorosa, como acorde de un arpa pulsada por niños enfermos, dice muy quedo y muy bajito: «No nos condenes. Oyeme.»

Eramos cuatro llorando al pescador moribundo. La esposa, que le asistió implorando á esa Virgen, dos hijos varones y yo. Y mi padre murió presintiendo nuestra miseria, retratando en sus ojos hundidos la feroz agonía.

Todos entonces, llenos de unción y de mansedumbre, nos postramos y le rezamos á la torre marfilea, á la mística rosa, á la que siempre nos sonríe, á ella, á la Virgen de los Marineros.

Fuimos después de puerta en puerta, mendigando pan y misericordia. Pero la imagen estaba allí, en el rincón más limpio del tugurio, con sus marineros al pie, rodeando el frágil madero que amenazaban sepultar iracundas las olas.

Un día, despidiéndose de nosotros el mayor Jorge. El mar le brindaba sus presas y acudió, con la desesperación del vencido. Acudió á traernos un puñado de cobre con

que apagar el hambre de los pequeños y con que comprar á la imagen una vela rizada para saciar la inextinguible devoción de la madre.

Y el desdichado no volvió. Le esperamos de rodillas sobre la costa bravia y rugiente, implorando á la casa de oro, al refugio de los pecadores, á Ella, á la Virgen de los Marineros.

Muchas horas después el mar nos arrojó su cuerpo sin vida. Aún estrechaba con sus dedos crispados la medalla de salvación, que colgamos de su cuello al partir.

¡Un año más de penas, de sollozos, de lágrimas! ¡Un año más de implorar en vano por los solitarios caminos al pasajero indiferente!

Una tarde vinieron á buscar á Martín. Peligraban la Patria y la Fe. Yo le dí un rizo de mis sienes, nuestra madre un trémulo beso en la frente. Estaba medio ciega y ya no lloraba.

Durante muchos meses, mi madre, ya postrada en el lecho, me preguntaba con voz doliente si había carta. Pero nunca venía y acabé por decirle que sí.

Abusando de su ceguera, la leía supuestas misivas en que el desterrado juraba volver allí, á su regazo, á llorar como cuando era pequeño.

Y ella apretaba contra su corazón el papel en blanco y le besaba tantas veces, que, al arrancárselo de las manos, pesaban tanto en él las lágrimas como los besos.

Trabajaba yo sin descanso como una torpe y desmañada obrera; y al salir del taller extenuada, me postraba al borde del lecho á rezar á la siempre serena, á la Madre prudente, á Ella, á la Virgen de los Marineros.

Todo, al fin, lo supimos. Mi hermano sucumbió fatigado en la marcha á través de la ciénaga, presa del cansancio y la fiebre. Al caer, un sargento le dió con el pie, gritándole con furia: «¡Arriba, miserable, arriba!»

¡Nos quedamos tan solas! Mi madre careció de lo más preciso. Yo fuí despedida del obrador. Era aquello mucho llorar. El hambre nos atenazó las entrañas, y el deshonor llamó á nuestras puertas.

Lloramos, sollozamos como quien ve que va á ser arrojado al cieno sin esperanza de redención.

Entonces me postré una vez más. Mi madre se moría sin asistencia. Pasaron aún dos días. Volvió á llamar á las puertas el vicio. Abracé á la enferma con desesperación... y fuí á empuñar la imagen.

ANTONIO ZOZAYA

Asociación Obrera

Las sociedades obreras más importantes de Barcelona publican en *Tierra y Libertad* un manifiesto de propaganda societaria, invitando á todos los trabajadores á asociarse y á todas las sociedades á federarse, para resistir desde luego á los abusos patronales y procurar las mejoras indispensables de momento, sin olvidar la emancipación completa que sólo se conseguirá destruyendo el actual régimen.

«Entendemos —dice el manifiesto— que no nos será muy difícil el ponernos todos de acuerdo é ingresar de nuevo en nuestras queridas Sociedades obreras para contribuir con nuestro humilde, pero fiel concurso, á la clase común de redención del proletario y prestarnos entre todos nosotros el imprescindible apoyo mutuo, no perdiendo por eso, según nuestro entender, nada de nuestra personalidad, nada de nuestra autonomía individual en la cooperación á tan colosal obra.»

Tampoco se olvida á las mujeres, más desgraciadas que nosotros por causa de su debilidad física y por su mayor dificultad de acomodamiento á la vida moderna; para

ellas se reclama desde luego: «disminución» de la jornada de trabajo en las fábricas y «talleres hasta llegar á la supresión completa de su trabajo como asalariada y explotada.»

Es muy importante esta cuestión del trabajo de las mujeres, no sólo por la esclavitud que para ellas representa, sino porque contribuye poderosamente al abaratamiento de los jornales, aumentando la competencia entre los trabajadores y aumentando las dificultades para la vida. Pero además, y sobre todo, la mujer no debiera entrar en la lucha por la existencia ni tener otras obligaciones que las inherentes á sus elevadas funciones de esposa y de madre.

Luego se aconseja la propaganda de ideas, por medio de conferencias, folletos y periódicos, y se dan reglas para la buena marcha de las asociaciones. Sentimos no tener espacio para copiar íntegro el manifiesto.

En honor de Cajal

Uniéndose á las felicitaciones que de todas partes viene recibiendo el sabio Dr. Ramon y Cajal, el *Boletín del Colegio de Médicos de la provincia de Gerona* escribe:

«Si los medios con que cuenta este Colegio fueran tan grandes como el cariño y admiración que nos inspira el Maestro de los Maestros de las Escuelas de Medicina de Europa y América, realizaríamos á toda prisa la obra de levantar los edificios necesarios á instalar el Instituto nacional de Higiene, agrandando mucho el proyecto del arquitecto Grases (aprobado en 1901), añadiéndole además un edificio para alojamiento de Médicos-alumnos, especie de Internado, para los que desearan profundizar los estudios biológicos. Dotaríamos espléndidamente el Instituto y Pensionado y lo entregaríamos á Cajal (sin límites á sus iniciativas), para que lo organizara y dirigiera.

»Lograríamos con ello dar á Cajal el galardón que se mercede y dotar á España de un centro de cultura científica.

»Instituto é Internado de mucha mayor utilidad y menos coste que los de Toledo, Segovia, Valladolid, Guadalajara y Avila, todos ellos destinados á la enseñanza de limitados conocimientos, dirigidos á invertir fabulosas sumas en medios de destrucción de la especie humana, mientras que en el Instituto de Higiene y su Internado, después de estudiar lo que somos, de donde venimos, el por qué enfermamos, se elaborarían sueros, vacunas y fermentos, capaces no sólo de curar al individuo, y por ende robustecer la raza, si que también de benéfica acción á los animales y plantas, logrando con lo primero guardar un gran número de hombres útiles para el trabajo y con lo segundo aumento de riqueza agrícola y pecuaria.

»Mas como no podemos llevar á cabo tal propósito, lo sometemos á la consideración de los que pueden y de los que deben realizar hechos que analtezcan la ciencia y especialmente lo apuntamos para evitar que tomen cuerpo ciertos propósitos de manifestaciones zarzuelescas que pondrían en ridículo á nuestro Cajal, y atajar los propósitos de sus enemigos, los que piden para el hombre de laboratorio la poltrona de Ministro ó una ejecutoria de nobleza, y aun más los que piensan elevarlo á ciertos cargos para que sirva de pantalla á sus ambiciones.»

Por la simpatía que inspiran las actitudes valientes enfrente de los convencionalismos y la hipocrecía reinantes, hemos copiado con gusto estos párrafos del artículo con que el citado *Boletín* encabeza su número de Noviembre.

Sería una vergüenza que á Cajal se le festejase como á un torero y se le premiase como á un político.

Buenos y malos

Son las nueve de la noche. Tres obreros han consumido su pitanza nocturna, y se preparan á dormir deprisa para no faltar á la hora el día siguiente.

—¡Un día más!—dice uno.

—¡Qué pesado es esto!—dice otro.

—¡Y gracias que no nos falte el trabajo!—termina el tercero.

Y nada más se agita en aquellos cerebros.

—Son buenos dice su burgués al casero, que le pide informes como garantía de solvencia.

—Son buenos,—certifica el alcalde de barrio apoyando un memorial en solicitud de la gracia de ser admitida en cierto hospital privilegiado la mujer de uno.

—Son buenos,—confirma el cura párroco.

Y, en efecto, ni la menor idea de rebeldía contra semejante condición se agita en aquellos cerebros; ni una remota esperanza en una sociedad mejor consuela aquella desesperante amargura.

¿Pero en verdad son buenos?

Bueno es el instrumento que sirve para el objeto á que se le destina, el buey que se aplica bien al arado, el macho que lleva con agilidad pesada carga, la vaca que da abundante y nutritiva leche, el canario enjaulado que alegra con sus cantos la vivienda del amo, el perro fiel que la guarda y hasta el gato que la limpia de ratones; pero el instrumento, el buey, el macho, la vaca, el canario, el perro y el gato llenan el fin natural ó forzado de su existencia, no pueden dar más de sí, son verdaderamente buenos; en tanto que el hombre es en derecho el igual del hombre, y no puede en razón ni en justicia ser vendido, comprado, alquilado oprimido ni explotado por otro hombre; ni menos debe conformarse á ser objeto de venta, compra, alquiler, explotación ni tiranía.

Y si el que ejecuta esas operaciones en beneficio propio y en perjuicio ajeno es malo, y peor aún cuando para ello se resguarda tras la fuerza y el engaño, el que á ellas se somete degenerando la especie, abdicando su derecho y limitando su vitalidad, es malísimo.

Un obrero traidor á sus compañeros, bajo y cobarde, es un santo en opinión de los burgueses; en cambio, el que lucha para mejorar la situación de los suyos, para que tengan más pan que dar á sus hijos, más instrucción y más dignidad, ese es un perdido, un revolucionario, un hombre malo.

¿Por qué hemos de aceptar las calificaciones de los burgueses, que han inventado una moral para su provecho y califican de malo aquello que les perjudica y de bueno lo que les favorece, á ellos solos, exclusivamente?

Amor y Odio

Los hipócritas se indignan. «¿Por qué—preguntan—predicar el odio, la división? ¿Por qué ensanchar las heridas de este pobre país destrozado? ¡Esta es una obra impía!»

Nosotros amaremos á los que nos amen. Cuando los ricos amen á los pobres, los pobres amarán á los ricos. Nosotros amaremos á los que amen lo que nosotros amamos: la verdad, la libertad, la justicia, y precisamente porque amamos mucho y bien, odiamos con igual intensidad. El amor es el odio; el odio es el amor. Todo es uno. Amar la verdad, la libertad, la justicia, es aborrecer la mentira, la opresión, la iniquidad; es odiar á los mentirosos, á los opresores, á los

explotadores y á todos los que les apoyan y sostienen. El «moderado», el hombre neutro que no odia el mal y á los malhechores, es un malhechor posible ó probable que sólo espera una ocasión para manifestarse como tal.

URBAIN GOHIER

ECOS Y COMENTARIOS

Vuelve á decirse que se quiere condenar á muerte el fundador de la Escuela Moderna don Francisco Ferrer.

Dicen que el Fiscal, que no se atrevió á calificar al señor Ferrer de autor ó coautor del atentado de Morral, por temor á la opinión pública europea, modificará sus conclusiones en tal sentido por sorpresa en el acto del juicio oral.

No creemos que los clericales se atrevan á tanto. Son hipócritas y malvados, y no se detendrían ante los mayores crímenes; pero la opinión está bien prevenida y no son posibles las sorpresas.

Precisamente cada día, en vez de amen- guar y entibiarse, crece con más calor la agitación en Europa y América y se aprestan los hombres de espíritu progresivo para arrancar esa nueva víctima de las garras de la Inquisición española.

Si los clericales se empeñan en esta lucha, les resultará tan cara ó más que les resultó en Francia la injusticia que cometieron contra Dreyfus.

En la fábrica de tejidos «La Industrial Mahonesa» una correa cogió á un operario y le arrancó un brazo, produciéndole además otras heridas y contusiones graves.

Era un obrero ejemplar, según el criterio burgués, de los que no protestaban, de los resignados, de los que fían su porvenir á su buena voluntad para el trabajo, de los que dicen: «Yo no me ocupo sino de mi trabajo.»

Pues ya lo ha visto, la máquina no ha respetado su buena voluntad ni su pasividad. Le ha estropeado para siempre, le ha convertido en un hombre inútil para el trabajo en que tanto confiaba.

Los capitalistas le habrán dirigido palabras compasivas, seguramente; pero antes que entregarse á la compasión calcularon, más seguramente, lo que les costaría en dinero la desgracia del trabajador.

Porque para el capital el trabajador es solamente un objeto de cálculo; se calcula estando bueno lo que puede producir, y cuando ocurre un siniestro se calcula lo que puede costar. Y no hay más sentimiento ni más poesía en el maldito capitalismo.

Trabajadores resignados y sumisos, que confiáis en vuestra buena voluntad para el trabajo y no queréis reclamar contra la injusticia ni ayudar á vuestros hermanos que luchan; trabajadores honrados según el criterio de los burgueses, mirad y aprended.

Otra vez hemos oído quejas contra las monjitas que se introducen en las casas de los pobres atribulados por enfermedad, y con pretexto de axilio lo que hacen es imponerse y mandar, disponiendo como si fuesen dueñas de todo, y especialmente de las conciencias de los desgraciados.

Este comercio de las conciencias es un crimen; es tan cruel como el comercio de la trata de blancas.

Las monjas y las beatas no tienen, tal vez, conciencia del mal que hacen; pero el jesuita que las dirige es un criminal que abusa de la estupidez de esas mujeres y de la debilidad de los pobres que sufren las violencias.

La caridad convertida en espionaje y en inquisición es insoportable.

Esas conversiones son falsas y representan un colmo de inhumanidad.

Será preciso constituir una liga para defender á los moribundos, para garantizar la paz de los últimos instantes de la vida, que conturban gentes sin entrañas bajo pretexto de religión y caridad.

Los compañeros de Madrid han puesto en práctica un ingenioso procedimiento para descubrir á los policías que el gobierno ha introducido en todos los centros obreros y de propaganda de ideas.

Se sospechaba de un tal Robles, y le pusieron á prueba presentándole un desconocido y diciéndole que era Pedro Vallina, venido á España de rigoroso incógnito y con una misión importante. Pocas horas después el supuesto Vallina era detenido, pero sin consecuencias porque pudo desvanecer el error inmediatamente. Como los compañeros no habían comunicado á nadie su trama, el Robles quedó convicto de policía.

Es preciso vivir prevenidos contra los confidentes, que han causado tantas desgracias, no por lo que han descubierto, sino por lo que han inventado, amparados en la complicidad de altos ó bajos funcionarios sin conciencia.

Desde hoy, todos los viernes á las nueve de la noche tendrán lugar las clases de enseñanza mutua del idioma auxiliar internacional *Esperanto* en la Escuela Libre del barrio 15.

Los que quieran asistir á las mismas pueden presentarse en la Escuela.

El compañero Antich nos envía una lista de obras que quiere vender á precios económicos, destinando el 20 por ciento á la propaganda. No tenemos espacio para anunciar esos libros, como no lo tenemos para anunciar los nuestros.

Dirigirse á Emilio Antich, lista Correos, Barcelona.

Los compañeros que nos envían originales para su publicación deben dispensarnos si no les complacemos.

A veces lo que dejamos de publicar será mejor que lo que insertemos de cosecha propia, pero téngase en cuenta que tenemos necesidad de escoger lo que nos parezca más conveniente.

Por gusto nuestro publicaríamos todo lo bueno que se nos envía; pero nuestro periódico es muy pequeño. Esperamos que seremos comprendidos.

Actos civiles

En Camporrobles (Valencia) los compañeros Lino Carrasco é Isabel Clavijo han

inscrito civilmente un precioso niño con el nombre de Libertario; los compañeros Juan Vigo y Sucesa Izquierdo una niña que se llamará Argentina; y con el mismo hermosa nombre han inscrito también una niña los compañeros Leocadio Ferris y Fidela García.

En Mataró la compañera de Jaime Mes- tres dió á luz un niño y una niña que fueron inscritos respectivamente con los nombres de Progreso Amor Renan y Armonía Palmira Aurora; pero sobrevino la desgracia de que á los pocos días muriese el niño, que fué enterrado por lo civil con asistencia de varios librepensadores.

En Ubeda los compañeros Manuel Jurado y Manuela López tenían ya inscritos una niña con el nombre de Armonía y un niño llamado Elix; pero este ha muerto y al querer darle sepultura civil, el Alcalde ha puesto dificultades, demostrando que desconoce las leyes ó que está á los pies no muy limpios de los curas.

Autoridades como ese Alcalde hay muchas en España; pero ni por esas podrá contenerse el movimiento de emancipación de los antiguos y funestos errores religiosos.

PAPEL IMPRESO

La Biblioteca de «Salud y Fuerza» ha publicado una nueva edición del folleto *Crimen y Criminales* de Clarence S. Darrow; seguido de una *Exposición de Doctrinas Neo-Malthusianas* y anuncios de varios medios para evitar la preñez involuntaria.

Cuesta 10 céntimos, dirigiéndose al administrador de «Salud y Fuerza» plaza Comercial, 8, Barcelona.

CORRESPONDENCIA

Monovar.—J. G. Recibido 5'40 pesetas. Enviamos folletos. Aumentamos hasta un paquete.

Barcelona.—Peluquería «La Solidaria». Recibido 4'50 pesetas.

Palamos.—J. M. Cambiamos dirección.

Elda.—V. G. No hemos recibido la carta que dices.

Bilbao.—S. F. Hemos recibido libranza de cinco pesetas dirigida á nosotros y la carta que la acompaña es para *La Voz del Cantero*. Se la enviamos.

Ciempozuelos.—V. B. Enviamos 5 ejemplares desde este número.

Sorocaba.—A. E. Recibido 17 pesetas por conducto de *Tierra y Libertad*.

Gibraltar.—A. A. Explica mejor tu iniciativa.

Ciudadela.—A. T. Recibido 10 pesetas.

Biblioteca de

«El Porvenir del Obrero»

- 1 *La Ganancia—Consideraciones generales según el criterio libertario*, por Anselmo Lorenzo; 15 céntimos.
- 2 *El Patrimonio Universal—Conferencia sociológica*, por Anselmo Lorenzo; 15 céntimos.
- 3 *La Anarquía*—por Elíseo Reclus; 15 céntimos.
- 4 *La Mujer—Consideraciones generales sobre su estado ante las prerrogativas del hombre*, por Teresa Claramunt; 15 céntimos.

Imprenta de «El Porvenir del Obrero»—Castillo 170. Mahón.